

MARZO/ABRIL 1983

Vino Nuevo



El fin de la culpa

editorial

Director: Hugo M. Zelaya

La Crucifixión, la tortura física de Jesús, vista desde la perspectiva médica del Dr. C. Truman Davis, fue uno de los artículos que más me impresionó en este número. Realmente me hizo pensar de nuevo, y de una manera más detenida, en el regalo precioso que nuestro Dios nos dio por medio de su Hijo Jesucristo.

Mis emociones fueron conmovidas profundamente. Ya hacía tiempo que no les permitía libre expresión en esta área y fue refrescante su efecto posterior. Me doy cuenta de que no debemos detenernos allí, sino que debemos ir más allá para ver la realidad de la victoria que Jesús ganó con su muerte y de la que él nos ha hecho partícipes.

Hay una natural reacción en el pueblo evangélico a todo lo que tiene sabor a otra religión, aunque sea cristiana. Con esta actitud, hemos dejado escapar de nuestra experiencia personal muchas realidades y verdades válidas. Hemos visto cómo el fervor religioso popular ha hecho un énfasis exagerado y en muchos casos una demostración de emoción pasajera de la pasión y muerte de Jesús, dejando pasar, casi inadvertidamente, la alegría de su triunfo en la resurrección. Nosotros hemos querido suplir esa falta a modo de reacción dando más atención a la resurrección y pasando quizás demasiado rápido el período de su agonía.

Las reacciones son casi siempre negativas. Por lo menos en este sentido lo son. La motivación ha sido oponerse a lo que otros hacen porque no están con nosotros. Este reaccionar resiste todo lo que no lleva nuestra etiqueta particular. Si bien es de sabios aprender de los errores de los demás, es importante también que al hacerlo no nos vayamos al otro extremo para caer en un error opuesto.

He encontrado a hermanos que han ido demasiado lejos en su reacción al religiosismo popular. Para ellos la realidad del sufrimiento de Jesús es opaca-

da por el emocionalismo sin fondo espiritual que se observa especialmente en tiempos de Semana Santa.

De cualquier modo que lo veamos, Dios quiere darnos un toque fresco del Espíritu para hacernos ver de una manera renovada su infinita misericordia en la entrega de Jesús por nosotros.

El padecimiento voluntario de nuestro Señor fue más allá de lo experimentado por cualquier hombre. Humanamente estamos hechos para evitar el sufrimiento. No es natural dejarse atormentar sin ofrecer resistencia, aún sabiendo que eso traería un beneficio muy grande a los seres que queremos. Cualquiera de nosotros está dispuesto a hacer lo imposible para escapar al más leve sufrimiento. He leído de acciones muy heroicas en la vida real, pero ninguna se compara con lo que Jesús hizo por nosotros. Su muerte nos hubiera parecido más bien una liberación que tardó demasiado en llegar.

Meditemos especialmente en el costo de la gracia de Dios. No seamos recibidores ingratos de su amor. El efecto total de nuestra redención viene con la realización de que nosotros fuimos los culpables y los merecedores del suplicio al que Dios sometió a su Hijo como la prueba más grande de su amor. Si para nosotros la redención es *gratis*, el precio que Dios tuvo que dar es infinitamente grande y digno de él.

Pensemos también que hay un precio que nosotros podemos y tenemos que pagar para que el efecto de su redención sea completo. Este precio incluye vender todas las perlas que tengamos para comprar la de gran precio. Requerirá realizar todas nuestras posesiones para comprar el campo donde está el tesoro. Será dejar lo que estemos haciendo para seguirle en una vida de discipulado. Es coronar a Jesús como Soberano absoluto de nuestras vidas. De todas maneras suyos somos ya, pues él nos ha redimido con la simiente preciosa de su sangre. ¡A él sea toda la gloria, la honra y el poder para siempre!

Director:

Hugo M. Zelaya

Editor:

Noé Martínez Quesada

Administrador:

Guyon H. Massey

Suscripciones:

Andrés Villavicencio Matus

Circulación:

Emilio García Sarmiento

VINO NUEVO es publicada bimestralmente por el Centro Para Desarrollo Cristiano, Apartado 5551, San José, Costa Rica

© Copyright 1983
Derechos Reservados
Prohibida la reproducción total o parcial sin el permiso de los editores.

Los puntos de vista expresados en VINO NUEVO representan la opinión de sus escritores y no necesariamente de los editores o directores. El material que se envíe para su publicación debe ser escrito a máquina, a doble espacio y por una sola cara de la hoja. Si desea devolución del manuscrito, incluya un sobre con su dirección y el importe postal correspondiente.

A menos que se indique de otra manera, las citas del Nuevo Testamento son de la versión "La Biblia de las Américas", The Lockman Foundation 1963, 1972, 1973, Editorial Moody. De igual manera las citas del Antiguo Testamento corresponden a la revisión de 1960 de la Versión Reina Valera.

Impreso en Costa Rica.

CONTENIDO

4

La crucifixión: una descripción médica

Dr. C. Truman Davis



9

La corona después de la cruz

Entrevista con el Dr. Jay E. Adams



14

La sangre del Cordero

Derek Prince



19

El varón renegado, II Parte

Bob Mumford

24

El Rey de Gloria

Ern Baxter

LA CRUCIFIXION: una descripción médica

Por Dr. C. Truman Davis



El Dr. C. Truman Davis es graduado de la Universidad de Tennessee. Ha practicado la oftalmología por veinte años y es también pastor de la iglesia Trinity Chapel, en Mesa, Arizona. El Dr. Davis está escribiendo un libro sobre la medicina y la Biblia. Este artículo es una revisión del que apareció publicado por la Arizona Medical Association de Arizona en Marzo de 1965.

Hace unos años me interesé por los aspectos físicos de la pasión y sufrimiento de Jesucristo cuando leí un relato de la crucifixión por Jim Bishop en su libro *El Día que Murió Cristo*. De pronto me di cuenta que todos estos años había tomado la crucifixión como un hecho sin reflexionar, y que me había vuelto insensible a sus horrores con el demasiado fácil conocimiento de sus sombríos detalles. También se me ocurrió que como médico, desconocía la causa inmediata de la muerte de Cristo. Los escritores de los evangelios no son de mucha ayuda en este sentido. Puesto que la crucifixión y la flagelación eran tan comunes en sus días, sin duda consideraron que una descripción detallada estaba por demás. Por esta razón sólo tenemos las palabras concisas de los evangelistas: “Y Pilato... después de hacer azotar a Jesús, le entregó para que fuera crucificado.”

A pesar del silencio de los evangelios sobre los detalles de la crucifixión de Cristo, muchos han investigado este tema en el pasado. En mis estudios personales de este suceso desde un punto de vista médico, estoy especialmente en deuda con el Dr. Pierre Barbet, un cirujano francés quien hizo una investigación exhaustiva histórica y experimental y escribió extensamente sobre el tema.

No está dentro del enfoque de este artículo hacer un examen del infinito sufrimiento síquico y espiritual del Dios Encarnado en su expiación por los pecados del hombre caído. Sin embargo, podemos examinar con cierto detalle aspectos anatómicos y fisiológicos de la pasión de nuestro Señor. ¿Qué fue lo que soportó realmente el cuerpo de Jesús de Nazaret durante esas horas de tortura?

El Método de la Crucifixión

Esta pregunta me condujo primero a un estudio de la práctica de la crucifixión en sí; es decir, la tortura y la ejecución de una persona fijándola en una cruz. Aparentemente, los primeros que usaron la crucifixión fueron los persas. Alejandro y sus generales llevaron esta práctica al mundo mediterráneo, a Egipto y Cartago. Los romanos evidentemente aprendieron la técnica de los cartagineses y como con casi todo lo que hacían los romanos, rápidamente desarrollaron un alto grado de eficiencia y destreza en la ejecución. Algunos autores romanos como Livia, Cicerón y Tácito escribieron sobre el tema.

La literatura antigua describe varias innovaciones y modificaciones. De estas sólo unas pocas tie-

nen relación aquí. La pieza perpendicular de la cruz, o estípite, podía tener la cruceta, o *patibulum*, pegada sesenta o noventa centímetros de la parte superior. Esta es la forma clásica en que pensamos de la cruz y que llamamos la cruz latina.

Sin embargo, la forma más comúnmente usada en los días de Jesús, era la cruz de Lorena, formada como la letra T. En esta cruz, el *patibulum* era colocado en una hendidura en el extremo superior del estípite. Existe muy buena evidencia arqueológica para creer que fue en este tipo de cruz que Jesús fue crucificado.

El poste derecho de la cruz estaba por lo general fijo en el lugar de la ejecución. El hombre condenado era forzado a llevar el *patibulum*, que pesaba cerca de 110 libras, hasta el sitio donde sería ejecutado. Los pintores de la Edad Media y los del Renacimiento, sin ninguna prueba bíblica o histórica, hicieron cuadros de Cristo llevando la cruz completa. Muchos escultores y pintores también cometen un error al mostrar los clavos atravesando las palmas de las manos. Los relatos históricos romanos y los trabajos experimentales muestran que los clavos eran metidos entre los pequeños huesos de la muñeca y no en las palmas de las manos. Los clavos hubieran desgarrado las manos y se hubieran salido por entre los dedos debido al peso del cuerpo humano. Este error pudo haber venido por las palabras que Jesús le dijo a Tomás: “Mira mis manos.” Sin embargo, los anatomistas modernos y antiguos han considerado siempre que la muñeca es parte de la mano.

Un *titulus* o pequeño letrero anunciando el crimen de la víctima, era llevado frente a la procesión y después clavado en la cruz sobre la cabeza. Este letrero con el palo clavado en la parte superior de la cruz, le habría dado la forma característica de la cruz latina.

Getsemaní

La pasión física de Cristo comenzó en Getsemaní. De todos los aspectos de su sufrimiento inicial, el que es de particular interés fisiológico es el sudor sangriento. Es suficientemente interesante notar que el médico, San Lucas, es el único evangelista que menciona este suceso. El dice: “Y estando en agonía, oraba con mucho fervor; y su sudor se volvió como gotas de sangre, que caían sobre la tierra” (22:44).

Se han hecho todos los intentos imaginables, por eruditos modernos, para desvirtuar el fenómeno del sudor con sangre, bajo la impresión

errónea, aparentemente, que eso no sucede. Se puede ahorrar muchísimo esfuerzo si se consulta la literatura médica. Aunque muy raro, el fenómeno de hemátidrosis, o sudor sangriento, está bien documentado. Bajo gran presión emocional, se pueden romper los pequeños capilares en las glándulas sudoríparas mezclándose la sangre con el sudor. Sólo este proceso pudo haberle producido gran debilidad y posible choc.

Aunque la traición y el arresto de Jesús son porciones importantes en la historia de la pasión de Jesús, el siguiente evento en el relato que tiene gran significado desde una perspectiva médica, es su juicio frente al Sanedrín y Caifás, el Sumo Sacerdote. Aquí se le infligió su primer trauma físico. Un soldado golpeó el rostro de Jesús por permanecer en silencio cuando fue interrogado por Caifás. Los guardias del palacio le vendaron los ojos y se burlaban de él preguntándole quién le pegaba o le escupía.

Ante Pilato

Muy temprano por la mañana, apaleado y magullado, deshidratado y agotado por una noche sin dormir, Jesús fue llevado por Jerusalén hasta el pretorio de la Fortaleza Antonia, la sede del gobierno del Procurador de Judea, Poncio Pilato. Ya conocemos la acción de Pilato intentando descargar la responsabilidad en Herodes Antipas, el Tetrarca de Judea. Aparentemente Jesús no sufrió ningún daño físico en manos de Herodes y fue regresado a Pilato. Fue entonces que Pilato, en respuesta al clamor del populacho, ordenó que soltaran a Barrabás y condenó a Jesús a ser azotado y crucificado.

Hay mucho desacuerdo entre las autoridades con respecto a la flagelación como preludeo de la crucifixión. La mayoría de los escritores romanos de ese período no asocian ambas. Muchos eruditos creen que Pilato ordenó originalmente que azotaran a Jesús como castigo final y que su sentencia de muerte por crucifixión vino sólo después de las demandas del populacho gritando que el Procurador no estaba defendiendo adecuadamente a César de este pretencioso que decía ser el Rey de los Judíos.

Es dudoso que los romanos quisieran seguir la ley judía en relación a su flagelación. Los judíos tenían una ley antigua que prohibía más de cuarenta azotes. Los fariseos que siempre se aseguraban para que la ley fuese cumplida, insistieron en que sólo se le dieran treinta y nueve azotes.

Así permanecían dentro de la ley si hubiese un error en la cuenta.

Los preparativos para el azotamiento de Jesús se llevaron a cabo según las órdenes del César. El prisionero fue desnudado y sus manos atadas a un poste sobre su cabeza. El legionario romano se adelantó con el *flagrum*, o *flagellum* en sus manos. Este era un látigo corto que consistía de varias correas de cuero pesado con dos pequeñas bolas de plomo cerca del extremo de cada una de ellas. El látigo pesado descendió con toda su fuerza una y otra vez en los hombros, espalda y piernas de Jesús. Las correas con sus pesos cortaron primero la piel. Después, al ir recibiendo más golpes, estas cortaron más profundo en el tejido subcutáneo, produciendo primero un fluir suave de sangre de los capilares y las venas de la piel y finalmente chorros de sangrado arterial de los vasos en los músculos subyacentes.

Las bolas de plomo primero produjeron magulladuras grandes y profundas que se abrieron con los golpes subsecuentes. Al final, la piel de la espalda colgaba en largos jirones y el área entera había quedado convertida en una irreconocible masa de tejido destrozado y sangriento. Cuando el centurión al mando determinaba que el prisionero estaba cerca de la muerte, los golpes eran finalmente detenidos.

Burla

El semi-inconsciente Jesús fue desatado entonces y cayó al pavimento de piedra empapado en su propia sangre. Los soldados romanos creyeron que era muy risible ver a este judío provinciano que decía ser un rey. Le pusieron un manto sobre sus hombros y una caña en la mano como cetro. Pero necesitaban una corona para completar su parodia. Tomaron pequeñas ramas flexibles cubiertas con grandes espinas usadas comúnmente para prender el fuego en los braseros de carbón que había en el patio y con ellas hicieron una corona. Apretaron la corona sobre su cabeza y de nuevo hubo un sangrado copioso cuando las espinas rompieron el tejido vascular. Después de mofarse de él y de abofetearlo, los soldados le quitaron la caña de sus manos y con ella lo golpearon en la cabeza, ahondando más las espinas en su cuero cabelludo. Finalmente, cansados de su deporte sádico le arrancaron el manto de su espalda. El manto ya se había adherido a los coágulos de sangre y al suero en las heridas, de modo que al halarlo, igual que cuando se quita descuidadamente un vendaje

quirúrgico, le causó un agudísimo dolor. Las heridas comenzaron a sangrar de nuevo.

Gólgota

Respetando aparentemente la costumbre judía, los romanos le devolvieron sus vestiduras. El pesado *patibulum* fue atado a sus hombros. La procesión del Cristo condenado, dos ladrones y un contingente de soldados romanos encargados de la ejecución dirigidos por un centurión, comenzó su lenta marcha por la ruta que hoy conocemos como la Vía Dolorosa.

A pesar de los esfuerzos de Jesús de caminar eriguido, el peso del madero junto con el choque producido por la abundante pérdida de sangre, era demasiado. Tropezó y cayó. La aspereza del madero penetró como una gubia en la lacerada piel y los músculos de su espalda. Intentó levantarse, pero los músculos humanos habían sido empujados más allá de su resistencia. El centurión, ansioso en proseguir con la crucifixión, escogió a un fornido espectador del norte de Africa, un cireneo llamado Simón y le obligó a llevar la cruz. Jesús siguió sangrando aún y sudando el sudor viscoso del choc. Las 650 yardas del camino entre la Fortaleza Antonia y el Gólgota fueron finalmente agotadas. El prisionero fue desnudado de nuevo excepto por un calzón corto que les era permitido a los judíos.

Comenzó la crucifixión. Vino mezclado con hiel, un leve analgésico para aliviar el dolor, le fue ofrecido a Jesús, pero él rehusó tomarlo. Se le ordenó a Simón colocar el *patibulum* en el suelo y Jesús fue tirado rápidamente de espaldas con sus hombros contra el madero. El legionario palpó buscando la depresión frente a la muñeca. Clavó un rús-

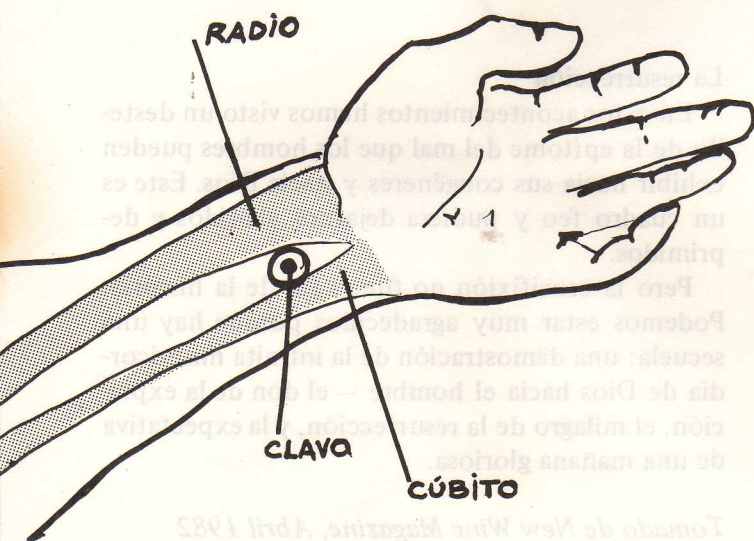
tico y pesado clavo cuadrado en la muñeca y bien adentro del madero. Rápidamente se volvió al otro lado y repitió la acción, teniendo cuidado de no estirar los brazos demasiado, para permitir cierta flexión y movimiento. El *patibulum* fue entonces levantado y colocado en su lugar sobre el estípite y el titulus que decía "Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos" fue clavado en su lugar.

El pie izquierdo fue apretado hacia atrás contra el derecho. Con los dos pies extendidos y los dedos hacia abajo, metieron un clavo atravesando los arcos de ambos, dejando que las rodillas quedaran un tanto flexionadas. La víctima estaba ahora crucificada.

En la cruz

Al irse desplomando Jesús con más peso en los clavos de las muñecas, el dolor agudo y fiero le corría por los dedos y los brazos y explotaba en su cerebro. Los clavos en las muñecas estaban presionando los nervios medianos que pasan por las muñecas y las manos. Cuando se empujaba hacia arriba para escapar de este tormento que lo estiraba, tenía que poner todo su peso en los clavos que atravesaban sus pies. De nuevo sentía la agonía que le quemaba por el clavo que raía los nervios entre los huesos del metatarso.

Otro fenómeno ocurrió en este punto. La fatiga entró en los brazos y grandes olas de calambres corrieron por los músculos, anudándolos en medio de un dolor profundo pulsante e implacable. Los calambres le impedían empujarse hacia arriba. Colgando de los brazos, los músculos pectorales se paralizaron y los músculos intercostales no podían funcionar. El aire podía entrar a los pulmones pe-



**Al irse desplomando Jesús,
con más peso en los clavos
de las muñecas,
el dolor agudo y fiero le corría
por los dedos y los brazos
y le explotaba en su cerebro.**

ro no lo podía exhalar. Jesús hizo un esfuerzo para incorporarse y respirar un poco de aire. Pero finalmente, el nivel de dióxido de carbón aumentó en sus pulmones y los calambres se calmaron parcialmente.

Las últimas palabras

Espasmódicamente, pudo empujarse hacia arriba para exhalar y hacer entrar el oxígeno de la vida. Sin duda fue durante estos períodos que pudo enunciar las siete frases cortas que tenemos registradas.

La primera — mirando a los soldados romanos echando suertes por su vestidura sin costuras: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.”

La segunda — al ladrón penitente: “Hoy estarás conmigo en el paraíso.”

La tercera — mirando a María su madre: “Mujer, ahí está tu hijo.” Y volviéndose al adolescente Juan, el apóstol amado, le dijo: “Ahí está tu madre.”

Su cuarta exclamación es el comienzo del Salmo 22: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”

Sufrió por horas el dolor sin límites, ciclos de retorcimiento, calambres que desgarraban sus coyunturas, asfixia parcial e intermitente y dolor ardiente cuando los tejidos eran arrancados de su espalda lacerada al moverse de arriba abajo contra la áspera madera de la cruz. Entonces vino otra agonía: un dolor profundo y aplastante en el pecho cuando el pericardio, el saco que rodea el corazón, se comenzó a llenar lentamente de suero y presionaba el corazón.

La profecía en el Salmo 22:14 se estaba cumpliendo: “He sido derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron; mi corazón fue como cera, derritiéndose en medio de mis entrañas.”

El fin se acercaba rápidamente. La pérdida de fluido de los tejidos había llegado a un nivel crítico; el corazón comprimido estaba luchando para bombear sangre espesa, pesada y lenta a los tejidos y los atormentados pulmones estaban haciendo un esfuerzo frenético para inhalar pequeñas bocanadas de aire. Los deshidratados tejidos enviaban su torrente de estímulos al cerebro. Jesús jadeó su quinta exclamación: “Tengo sed.” De nuevo leemos en el Salmo profético: “Como un tiesto se secó mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar, y me has puesto en el polvo de la muerte”. (22:15).

Una esponja saturada en posca, el vino barato y amargo que era consumido por los legionarios romanos, fue llevado a los labios de Jesús. Su cuer-

po estaba ahora *in extremis* y sentía el frío de la muerte que le corría por sus tejidos. Esta realización le hizo exclamar por sexta vez, palabras que no eran más que un susurro torturado: “Consumado es.” Su misión expiatoria había sido terminada. Por fin podía permitirle a su cuerpo morir. Con un último arranque de fuerza, presionó una vez más sus desgarrados pies contra el clavo, enderezó sus piernas, respiró profundamente y pronunció su séptima exclamación: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.”

La muerte

Conocemos bien los detalles finales de la ejecución de Jesús. Para que el sábado no fuese profanado, los judíos pidieron que los hombres ajusticiados fueran despachados y bajados de sus cruces. El método más corriente para terminar una crucifixión era por crurifRACTURA, quebrando los huesos de las piernas. Eso impedía que la víctima se empujara hacia arriba; la tensión en los músculos del pecho no podía aflojarse y ocurría una asfixia rápida. Las piernas de los dos ladrones fueron quebradas, pero cuando los soldados se acercaron a Jesús, vieron que no era necesario hacerlo.

Aparentemente, para asegurarse doblemente de la muerte de Jesús, el legionario le traspasó el costado con una lanza, rompiendo el pericardio y llegando al corazón. Juan 19:34 dice: “Y al momento salió sangre y agua.” Hubo un escape de la sangre del corazón y un fluido acuoso del saco que lo rodea. Esta es una evidencia post mortem más conclusiva que Jesús murió, no de la muerte usual en la crucifixión por asfixia, sino por un paro del corazón causado por contricción del corazón ocasionado por fluido en el pericardio.

La resurrección

En estos acontecimientos hemos visto un destello de la epítome del mal que los hombres pueden exhibir hacia sus congéneres y hacia Dios. Este es un cuadro feo y pudiera dejarnos abatidos y deprimidos.

Pero la crucifixión no fue el fin de la historia. Podemos estar muy agradecidos porque hay una secuela: una demostración de la infinita misericordia de Dios hacia el hombre — el don de la expiación, el milagro de la resurrección, y la expectativa de una mañana gloriosa.

Tomado de New Wine Magazine, Abril 1982